

la tercera instancia : al contrario, nos ha prevenido diciéndonos, que no nos cansemos de rogar, por mas que él parece no escucharnos : *sustinete sustentationes Dei*. El Señor tiene sus razones para no oirnos desde luego : unas veces lo hace para probar nuestra constancia ; otras para que hagamos mayor aprecio de la gracia que pedimos, pues lo que cuesta poco por poco suele reputarse ; otras para que no creamos un deber de su justicia lo que no es mas que un don de su bondad. Pero cualquiera que sea el motivo por el cual retarde concedernos lo que le pedimos, debemos estar ciertos que puede diferirlo, pero que al último no nos lo puede negar.

Ahí teneis explicadas las condiciones que ha de tener vuestra oracion para ser infaliblemente oida de Dios. Si falta alguna de ellas, tal vez seréis oidos, tal vez no lo seréis ; pero si concurren todas, la cosa es segura, y tan segura como la palabra del que dijo : *Pedid y recibiréis : buscad y hallaréis : llamad á la puerta y se os abrirá*. Amen.

PLATICA III.

LA ORACION DOMINICAL EN COMUN.

Vos autem sic orabitur: Pater noster, qui es in caelis. (*Matth. vi, 9*).

Sentadas en las dos pláticas precedentes las doctrinas generales sobre la oracion en comun, pasemos á tratar en particular de la *Oracion dominical*, vulgarmente dicha el *Padre nuestro*, la cual, como sabeis, nos fue enseñada y propuesta por Jesucristo como un modelo, conforme al cual debemos arreglar todas las otras oraciones. Esta es aquella oracion necesaria que los Padres llaman *cotidiana*, porque debemos re-

zarla todos los dias ; aquella oracion excelente que todo cristiano debe saber y entender, porque no merece el nombre de cristiano quien la ignora ó no la entiende ; aquella oracion divina que contiene en pocas palabras todo cuanto se puede pedir santamente á Dios, tanto para el alma como para el cuerpo, tanto en el órden de naturaleza como en el órden de gracia.

Así como hablándoos del *Credo* os dije, que para ejercitar nuestra fe, no basta rezarlo materialmente, sino que es menester penetrar, entender y adherirse á las verdades que propone ; así hablándoos del *Padre nuestro* debo deciros que para ejercitar nuestra esperanza, no basta su recitacion material, sino que es necesario conocer y penetrar bien lo que decimos cuando enderezamos al Señor esta oracion. Yo os daré todos los conocimientos necesarios al intento, explicándoosla punto por punto y palabra por palabra ; pero á fin de que vuestra instruccion sea mas sólida y mejor cimentada, quiero que antes veais cuál es su excelencia, cuál su eficacia, y cuál el uso que debeis hacer de ella.

No cabe duda que entre todas las oraciones vocales, la que llamamos *Oracion dominical*, ó *Padre nuestro*, es la mas excelente, sea que se mire al autor que la ha dispuesto, sea que se consideren las partes que la componen, sea que se atienda á la brevedad, órden y precision admirables con que está redactada.

Primeramente, hijos míos, el autor de la *Oracion dominical* no es un hombre puro, no es algun Santo, no es algun Ángel ; es el Hijo de Dios hecho hombre, es la misma Sabiduría encarnada, es Dios mismo. En dos ocasiones diferen-

tes nos enseñó él esta divina oracion : la primera vez la enseñó públicamente en aquel célebre sermón que predicó en el monte, en el cual, despues de varios documentos morales que dió á los que le escuchaban, viniendo al último á hablar de la oracion, les dijo, que cuando quisiesen hacerla, no habian de difundirse en muchas palabras como los paganos, sino que con una santa simplicidad y un piadoso fervor habian de decir : Padre nuestro, que estás en los cielos, etc., *Pater noster, qui es in caelis*. La segunda vez la enseñó privadamente en ocasion que, acabando él mismo de hacer oracion, se le acercó uno de sus discípulos y le dijo : Señor, enseñadnos á orar : *Domine, doce nos orare* ; y él lo hizo, repitiendo la misma fórmula que habia enseñado en el monte. ¿Qué mas se quiere, fieles, para tener en sumo aprecio esta oracion? Es composicion del mismo Dios, es obra del mismo Dios ; ¿quién conoce mejor que él lo que debemos pedir, y el modo con que debemos pedir para ser oidos?

Además, esta oracion es la mas excelente por las partes que la componen ; pues que en pocas palabras contiene todas las peticiones que razonablemente podemos hacer á Dios. Porque ¿qué le pedimos á Dios en esta oracion? Le pedimos que su nombre sea santificado y glorificado ; que nos conceda su reino ; que sepamos cumplir su santa voluntad ; que nos dé el alimento necesario ; que nos perdone nuestros pecados ; que nos ayude en las tentaciones, y por último que nos libre de todo mal. ¿Puede haber peticiones mas justas, mas santas, mas agradables al Señor? No : y de ahí es que nuestras oraciones no pueden ser agradables á Dios, si no son conformes á esta, y no guardan cierta proporcion con alguna de sus peticiones. Nosotros podemos servirnos de otras fórmulas y de otras palabras ; pero no podemos pedir á Dios sino lo que

sustancialmente está comprendido en el *Padre nuestro*. Cualquiera otra demanda que hagamos, es absurda, es indigna de un cristiano, y no puede ser grata al Señor.

¿Y qué dirémos del estilo con que está redactada esta oracion? Es brevísima, como que no hay persona tan ruda é ignorante, que no pueda aprenderla y retenerla en la memoria : es ordenadísima, porque con una admirable gradacion de demandas, va procediendo de lo mas á lo menos interesante ; es clarísima, porque no contiene palabra ni expresion alguna que no esté al alcance del hombre mas rústico é idiota. Por todas estas razones se ve, que la *Oracion dominical* es, entre las oraciones vocales, la mas excelente de todas ; y que viven equivocados los que dejan esta, por entretenerse con otras. Yo no repruebo esas oraciones que están escritas en los libros devotos ; las venero, las aprecio, las recomiendo, mientras sean conformes al espíritu de nuestra madre la Iglesia : pero no sé por qué estas oraciones, que no son mas que composiciones de hombres, han de preferirse á la *Oracion dominical*, que es composicion del mismo Dios. ¿Será que en esto se haya introducido tambien la moda? ¿será que la *Oracion dominical* se deje ya como una cosa rancia y anticuada? ¿será que se crean de mas valor las oraciones compuestas del P. Croisset, por ejemplo, que la oracion compuesta por el mismo Jesucristo? Séase lo que se quiera, es un error...

A mas de ser la *Oracion dominical* la mas excelente por sí misma, es tambien la mas fructuosa, la mas eficaz, la mas propia para atraer sobre nosotros las gracias y las misericordias del Señor. Si para conseguir alguna gracia hubiésemos de presentar un memorial al rey, y este memorial nos lo dictase su propio hijo, es cierto que no iríamos á buscar otro

mas apto ni oportuno ; porque pensaríamos que nadie mejor que él puede saber el estilo, el modo, las expresiones convenientes para inclinar el real ánimo de su padre. Pues así puntualmente sucede en nuestro caso, hijos míos. La *Oracion dominical* es un memorial que presentamos á Dios Padre ; pero este memorial nos lo dictó Jesucristo con su propia boca, Jesucristo que es maestro infalible de la oracion, Hijo verdadero de Dios, y nuestro primer abogado para con su divino Padre. Es, pues, imposible que este memorial no sea favorablemente acogido de Dios, si se lo presentamos como se debe ; porque si, como decia el mismo Jesucristo, el Padre celestial nos concederá cualquiera cosa que le pidamos en su nombre, ¿ cuánto mas nos la ha de conceder, pidiéndosela con las mismas palabras que él nos ha puesto en la boca ?

A mas de esta virtud general que tiene el *Padre nuestro* para alcanzar de Dios cualquiera gracia, tiene otras virtudes particulares que prueban mas y mas su eficacia. Primeramente tiene la virtud de borrar las culpas veniales que diariamente cometen los justos, de las cuales se obtiene el perdón principalmente por la protesta que se hace en él de perdonar á los que nos han ofendido. Y por esto los santos Padres dicen, que esta oracion es un remedio diario contra las culpas diarias. A mas de esto, tiene una virtud santificante y medicinal : santificante, porque si el justo la reza con viva fe y confianza, le causa un aumento de gracia ; medicinal, porque si el pecador la reza con compuncion, le ablanda el corazón y le dispone para salir del pecado.

De esto debeis deducir la gran solicitud que todo cristiano ha de tener para aprenderla bien, usarla con fervor y practicarla con frecuencia. No importa que repitais siempre la misma : podeis repetirla con mayor fruto de vuestras almas,

siempre y cada vez que la repitais con sentimiento, afecto y devocion. El mismo Jesucristo nos dió ejemplo de esto allá en el huerto, donde por tres veces repitió la misma súplica á su Padre celestial : *Oravit tertio eundem sermonem dicens*. Lo mismo practicaron muchos Santos, quienes pasaban los dias y las noches repitiendo una breve jaculatoria, sintiéndose siempre mas excitados á repetirla, y repitiéndola siempre con mayor ternura y uncion. ¿ Por qué, pues, no podremos hacer lo mismo con el *Padre nuestro* ?

El caso está en rezarlo bien, y no materialmente y por pura usanza. Jesucristo nos la enseñó á fin de que fuese para nosotros un manantial de gracias y bendiciones ; mas por el mal uso que se hace de ella, temo que para muchos no lo es. Instruidos en ella desde nuestra niñez ; acostumbrados á rezarla mañana y tarde ; habituados á decirla á todas horas, hemos llegado al caso de rezarla sin ninguna reflexion, sin ningun afecto y sin saber siquiera lo que proferimos ; resultando de todo esto, que en boca de muchos cristianos, en vez de ser una oracion es mas bien una irrision y un juego. ¿ De-seais verlo ?

Nosotros decimos al Señor : *Santificado sea el tu nombre*. ¿ Y á quién toca, á quién corresponde santificar el nombre de Dios ? A nosotros, hijos, á nosotros. Pero ¿ lo hacemos ? ¿ deseamos de veras que el Señor sea conocido, bendito y adorado en toda la tierra ? ¿ dónde está el celo que tenemos por su honor y su gloria ? ¿ dónde las diligencias que hacemos para promoverla en nosotros y en el prójimo ? ¡ Ah ! Contentos pudiéramos estar de que nosotros mismos no deshonrásemos el santo nombre de Dios, y no fuésemos causa de que otros lo deshonren.

Nosotros decimos : *Venga á nos el tu reino*, es decir, el

reino de la gracia en esta vida, y el reino de la gloria en la otra. Mas ¿cómo puede ser esto, si en vez de hacer reinar la gracia en nuestro corazon, dejamos que en él reine el pecado? ¿Cómo puede ser esto, si en vez de suspirar continuamente por el reino de la gloria, como viles animales tenemos los ojos siempre fijos sobre la tierra, de la cual jamás saldríamos, si dependiese de nuestra voluntad?

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Esto decimos; pero en realidad ¿la hacemos nosotros? ¿deseamos al menos hacerla? ¿Cómo no reflexionamos que nosotros mismos queremos mil cosas que Dios no quiere? ¿cómo no vemos que casi nada queremos de lo que quiere Dios, y que sufrimos con impaciencia y despecho los trabajillos que él permite nos sucedan?

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Al oírnos proferir esta súplica, ¿quién no diría que nos contentamos con que el Señor nos dé lo preciso, lo necesario, lo indispensable para pasar esta vida? Sin embargo, no estamos contentos con esto solo; sino que siempre extendemos á otras cosas nuestros insaciables deseos, y quizás no satisfechos de lo que Dios nos ha dado, usurpamos lo que ha dado al prójimo.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. ¡Ah! si Dios nos cogiese por la palabra y nos perdonase del mismo modo que nosotros perdonamos á los que nos han ofendido, á buen seguro que no quedaríamos muy bien librados. ¿Quién es el que no se acuerda de las injurias recibidas? ¿quién el que las perdona de todo corazon?

No nos dejes caer en la tentacion. Cuando decimos esto ¿hablamos por burla ó de veras? Si hablamos sinceramente, ¿qué cautelas tomamos de nuestra parte para huir de los pe-

ligros y ocasiones? ¿qué cuidado empleamos para rebatir la tentacion cuando nos asalta? ¿No somos nosotros los que muchas veces vamos á provocarla? ¿no somos nosotros los que nos ponemos en ella con plena reflexion y voluntad? ¿Cómo osamos, pues, decir al Señor que no nos induzca á la tentacion?

Mas libranos de mal. ¡Hermosa expresion! pero ¿qué mal suena en boca de muchos! El solo mal digno de temerse es el pecado, y este es el solo que no se teme. *Libranos de mal,* y entre tanto se llevan tranquilamente culpas gravísimas en la conciencia por dias, meses y años... *Libranos de todo mal,* y entre tanto, en vez de arrepentirse de los pecados cometidos, se van añadiendo cada dia de nuevos... *Libranos de mal,* y entre tanto vívese sumergido en el vicio, pensando que en el otro mundo será lo que será. ¿Cabe contradiccion mas monstruosa? ¿Dónde está aquí la buena fe, dónde la sinceridad? Una oracion hecha por ese estilo, ¿no es una ficcion, una mentira, por no decir un insulto, un ultraje que se hace á Dios?

¿Y de dónde proviene todo esto? Proviene de no entender lo que se dice, ó á lo menos de no reflexionarlo. Si se entendiese, si se reflexionase, una de dos: ó nos avergonzaríamos de nosotros mismos, ó concebiríamos un verdadero deseo de ser muy diferentes de lo que somos. Por lo tanto, hijos míos, poned sumo cuidado, cuando rezais la Oracion dominical, en sentir en el corazon lo que proferís con la lengua. Rezándola así, ¿cuántos frutos conseguiréis! Si sois pecadores, ella os conducirá á la penitencia; si sois justos, ella os causará un aumento de gracia, y al último... por ella obtendréis el reino de los cielos. Amen.